

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

Nuevas maneras de enseñar a los niños a odiar la literatura

Presentando el libro como una alternativa a la TV

“Lee en lugar de mirar la televisión”.

“Que no te vea leer viendo la televisión”.

“Coge los libros de la escuela, en lugar de perder el tiempo con esas estupideces”.

No pretendo conocer todas las expresiones concretas usadas por los defensores de este sistema infalible. Los niños saben que la TV no es una “estupidez”: la encuentran divertida, amena, útil. Puede suceder que le dediquen más tiempo de lo necesario, o que se refugien alguna vez en aquel estado de semi-inconsciencia en el cual el telespectador habitual, sea niño o adulto, cae después de cierto tiempo, y del que es síntoma la total pasividad con la que acepta cualquier programa de la pequeña pantalla, sin escoger y sin reaccionar.

Ello no quita que, en conjunto, los méritos educativos de la TV superen a sus deméritos. La pequeña pantalla enriquece el punto de vista, nutre el vocabulario, pone en circulación una cantidad inverosímil de informaciones, introduce a nuestros pequeños analfabetos en un circuito más vasto que el familiar, que no siempre es vivificado por las informaciones, por la cultura, por las ideas. Casi se podría afirmar que la TV disminuye la dificultad de la lectura. Quizá porque crea (aunque sólo sea a un nivel discretamente bajo) una especie de unidad nacional de la lengua, y ayuda al niño a superar el obstáculo de las profundas diferencias entre el dialecto nativo y materno y el lenguaje escolar. Después, porque hace familiares, a través del sonido y de la imagen, un determinado número de palabras “difíciles”, aquellas

ante las cuales los pequeños lectores tropiezan inevitablemente, y con las que quizás hoy tropiecen menos que antes.

Y desde el punto de vista psicológico, no me parece que negar una distracción,

una ocupación placentera (o sentida como tal, que es lo mismo), sea el modo ideal de hacer que se prefiera otra: será más bien el modo de echar una sombra de fastidio y de castigo.

Presentando el libro como la alternativa a las historietas cómicas

La técnica de aplicación de este sistema reproduce el señalado en la opinión anterior. “Te quemaré todos los tebeos si no te veo leer”. “¿Cinco en lengua, eh? A partir de mañana se acabaron los tebeos”. Etcétera.

Prohibir, prohibir también en este caso, no sirve para nada. ¿Vale pues la pena prohibir? Se ha discutido tanto sobre las historietas cómicas que romper media lanza a favor suyo equivaldría a hundir un portón abierto de par en par. Pondré sólo un ejemplo. Hace treinta años, aproximadamente, salió en Italia el primer tebeo auténtico, el ahora histórico *Avventuroso*, disparando en el tranquilo mundo provincial de nuestras lecturas infantiles sus Gordon, sus Mandrake y otros.

Quien entonces fuera muchacho no puede haber olvidado el efecto de aquella imprevista aparición. En aquellos tiempos, en la literatura infantil, la parte más ingrata, aquella a la que todos dan la espalda, estaba todavía representada (increíble, pero cierto) por el inofensivo Salgari y por sus nobles piratas, los primeros personajes de tebeos de la historia. Nuestra provincia pedagógica, dominada por el pedantismo tradicional, estaba íntegramente ocupada, dentro y fuera de la escuela, por el fascismo “balilláceo” (1), por su retórica nacionalista y guerrera, por sus impulsos regresivos. Y con los tebeos, sin preaviso, caían entre nosotros los espaciales. Una ventana se abría de golpe, no ya sobre el mundo, que era imposible, sino al menos sobre el cosmos de la fantasía.

Guiados por un Verne menos poeta y menos responsable, pero indudablemente más moderno, establecíamos contacto con el mundo del futuro. Ficción científica, magia y brujería ofrecían una vía de eva-



sión que, dadas las circunstancias, parecía casi una vía de liberación. Los cuarentones de hoy, si por un momento miran hacia atrás y son sinceros consigo mismos, deben reconocer que Gordon ha sido la lectura más estimulante, más instructiva y probablemente la más educativa de su infancia.

Actualmente, las cosas van de otro modo: el cómic ha conservado únicamente la función de nutrir y alimentar la necesidad de aventuras, de comicidad de rápida consumición y renovación constante: es manejable, es económico, es cambiante; sustituye a un tipo de cine para niños que no existe y que la TV aún no da; no está relacionado con la lectura, es otra cosa. Pero los niños no sólo tienen necesidad de buenas lecturas.

Además, leer los cómics es difícilísimo. Si no se tiene mucha práctica, arruinan la vista. Empezar con los cómics es como comenzar saltando un metro para aprender a saltar veinte centímetros.

Conozco filósofos que al menos una vez por semana leen un libro amarillo. Sin embargo, no puede ponerse en duda que su máxima pasión es la filosofía. Conozco muchachos que leen mucho y con la mano izquierda cultivan también el huertecillo de los tomates. Lo cual, en mi opinión, quiere decir que no hay relación de causa y efecto entre la pasión por los cómics y la ausencia de interés por las buenas lecturas. Evidentemente, ese interés ha de nacer en otra parte, allá donde las raíces de los cómics no llegan.

Diciendo a los niños de hoy que los niños de antaño leían más

El adulto tiene a menudo la tentación (y raras veces la resiste) de alabar "sus tiempos", especialmente la época de cuando era niño, que la memoria le pinta con vivos colores y le presenta como una estación ideal. La memoria es una adúladora y engaña hábilmente, pero es difícil darse cuenta de ello.

Hay una canción milanesa, bastante descarada pero eficaz, que traducida al castellano suena más o menos así: "Buenos como nosotros mamá ya no se hacen, se ha roto el molde, etcétera". Mucha gente que jamás ha oído hablar de esta canción piensa y vive respetando su imperativo categórico.

"Antaño se leía más" Antaño ¿cuándo? ¿Hace cien años, cuando de cada cien italianos había sesenta que no sabían leer? ¿Hace veinte años, cuando todavía teníamos unos diez millones de analfabetos? ¿Quién leía más? ¿Cuántos eran? Quizá leían los muchachos de la rica burguesía, o más bien algunos

"No hay relación de causa y efecto entre la pasión por los cómics y la ausencia de interés por las buenas lecturas.

Evidentemente, ese interés ha de nacer en otra parte, allá donde las raíces de los cómics no llegan"

de ellos: una pequeña minoría de una minoría.

Están los números para desmentir a los padres que continuamente se ponen como ejemplo a sus hijos: las tasas de escolarización, las estadísticas de la actividad editorial, el aumento de editoriales, el crecimiento de

las tiradas. "Antes la lira producía beneficios respecto al oro". Bravo. ¿Pero quién pagaba para que fuera estable y próspera la señora lira? Millones de parados, millones de familias que comían pan y cebolla, y carne una vez al año.

"Antes había buenos libros para los niños".

¿Para qué niños? Siempre estamos en el mismo sitio. De este modo sucede que los buenísimos padres regalan el *Cuore* a sus hijos y se extrañan de no verlos todo el día con

los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. O

les regalan el *Tebeo de*

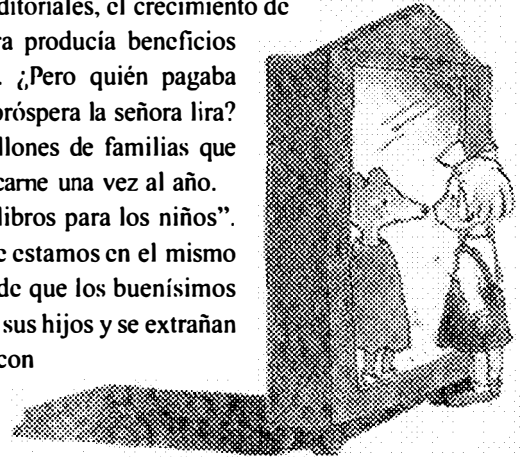
Gianburrasca y quedan sorprendidos porque sus hijos ya no se divierten.

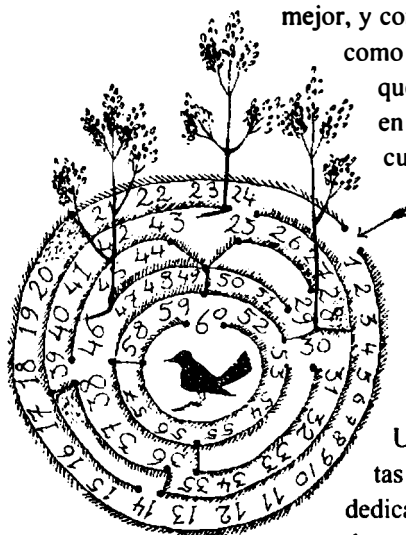
No se puede pedir a los muchachos que prefieran el pasado, un pasado que no es el suyo; y cuando se consiguen hacer identificar los libros con el pasado de otro, como una cosa que no forma parte de su propia vida, pero que hay que meterse dentro "para complacer a papá y a mamá", se ha creado una razón de más para que los jóvenes, en cuanto puedan, se mantengan alejados de los libros.

Manteniendo que los niños tienen demasiadas distracciones

"Los niños de hoy tienen demasiadas distracciones, de ahí que lean poco". Sostener este punto de vista es indispensable para quien no quiera entender nada de los niños actuales, y entre otras cosas resuelve que no lleguen a ser nunca amigos de los libros.

Uno de los dramas de la infancia de hoy (y no sólo de la infancia), atañe precisamente a la organización del tiempo libre; si no se organiza adecuadamente, no es más que "tiempo vacío", tiempo desaprovechado. Pensemos en nuestras casas urbanas, donde no hay sitio para el cuarto de los niños. Pensemos en el campo, donde el niño vagabundea por los prados (dichoso él), o se le manda precozmente al trabajo. Las comparaciones siempre son odiosas, y por esto son útiles: es preciso hacerlas, verdaderamente, porque el prejuicio las prohíbe, porque de las comparaciones puede nacer la crítica y la agitación. No quiero comparar el sistema educativo soviético con el italiano, escuela soviética con italiana: no sé cuál es





mejor, y conozco tantos defectos en un lado como en otro. Sin embargo, es cierto que el tiempo libre de los jóvenes en la URSS está infinitamente más cuidado y organizado que en Italia.

Las "casas de los pioneros" sólo son un elemento de aquella organización en la que los jóvenes encuentran la opción entre numerosísimas ocupaciones, creativas o restrictivas, científicas o festivas, etcétera.

Un muchacho soviético tiene tantas más ocasiones y posibilidades de dedicarse a cualquier actividad extraescolar que incluso podría llegar a sospe-

char que su jornada está demasiado llena. Esto no quita, sin embargo, que en la URSS haya una red vastísima y capilar de bibliotecas infantiles y juveniles, y quien las haya visitado las habrá encontrado siempre, a cualquier hora del día, repletas de jóvenes lectores, habrá visto libros gastados por el uso en los estantes, se habrá dado cuenta de que los jóvenes soviéticos conocen los nombres de sus autores infantiles cuando los nuestros conocen los de los futbolistas.

En resumen, más distracciones y más libros. ¿Es posible? No es posible: es un hecho. Y ello no depende del número y de la calidad de los pasatiempos (es decir, de las ocupaciones más libres, y por esto más queridas, y por esto de mayor eficacia educativa). Depende del lugar que el libro ocupa en la vida del país, de la sociedad, de la familia, de la escuela.

Echando la culpa a los niños de que no prefieran la lectura

Esto no es exactamente un sistema: es una actitud generalizada, y que sin embargo tiene la importancia y la eficacia del sistema. Echar la culpa a los niños, además de fácil, es comodísimo, porque sirve para ocultar las propias culpas.

Reconozcamos, derribando en parte un razonamiento anterior, que los niños no leen lo suficiente, que las tiradas podrían ser mayores, que el *boom* del libro para jóvenes está aún por llegar. Si buscamos causas algo menos cómodas que la acusación prepotente dirigida a los niños, encontramos errores en los padres: hay demasiadas casas en las que jamás entra un libro, hay millares de licenciados sin biblioteca, hay muchos padres que no lee siquiera el periódico, y después se sorprenden si los hijos hacen como ellos. Hay responsabilidades públicas: de la escuela

y del Estado. Hay las negligencias de nuestra cultura, siempre demasiado aristocrática para plantearse tareas pedagógicas. Leemos en los periódicos brillantes artículos de brillantes y cultos personajes que ridiculizan al público que compra *La Divina Comedia* por entregas, o una de tantas enciclopedias en fascículos. Quizá sienten nostalgia de la época en que sólo compraban en fascículos novelas de Carolina Invernizio (2).

En América, en Inglaterra, en Rusia, los profesores universitarios no se olvidan de escribir obras de divulgación científica dirigidas a los jóvenes: entre nosotros, los divulgadores realmente valiosos se cuentan aún con los dedos de una mano.

Más en general, no hay una toma de conciencia colectiva de la sociedad adulta respecto a la sociedad

infantil. En el campo de las editoriales para jóvenes, el criterio comercial prevalece siempre sobre el criterio pedagógico: apenas existe una conexión entre lo más avanzado de la pedagogía y los editores, para quienes el

término "educativo" es aún, generalmente, sinónimo de "aburrido".

Acusado como el único responsable de una situación compleja, y agravada aún por la crisis de los ideales educativos hasta ayer pacíficamente aceptados, el niño reacciona como puede: largándose a jugar al patio, o escondiendo bajo la almohada su querido álbum de cómics.

Transformando el libro en un instrumento de tortura

Este sistema, a pesar de la renovación didáctica y de las buenas palabras, se aplica intensamente en las escuelas de cualquier tipo y condición. Los expertos comienzan a usarlo desde primero de elemental, asignando a los niños la tarea de copiar página por página su primer libro de lectura. Después del trabajo de copiar (que para el niño no tiene sentido alguno y tampoco ningún interés) se puede añadir el trabajo de división en sílabas. ¡Si supiera cómo se divierten! Con el tiempo, llega el análisis lógico. Tomen uno de los preciosos cuentos de Tolstói, condenen a un escolar a analizar nombres y pronombres, verbos y adverbios, y les garantizo que, durante toda su vida, asociará el nombre de Tolstói a una sensación visceral de fastidio que lo mantendrá alejado de *Ana Karenina* como si de la peste se tratara y le hará huir de *Guerra y paz* como si huyera de una nube de tábanos.

La transformación de un libro en un instrumento de angustia prosigue y se intensifica a través de las distintas fases del resumir, del aprender de memoria, del des-

"Los jóvenes soviéticos conocen los nombres de sus autores infantiles cuando los nuestros conocen los de los futbolistas"

cribir las ilustraciones, etcétera. Todos esos ejercicios multiplican las dificultades de lectura, y en lugar de facilitarlas, hacen del libro un pretexto al quitarle cualquier capacidad de entretenerse si originariamente poseía esa capacidad, de conmovirse si era capaz de ello, de interesarse si ésta era su finalidad.

La lectura no es ya un fin a perseguir laudablemente, sino un medio para actividades más serias, o que se presuponen como tales. Ello corresponde perfectamente a la concepción del niño como medio: sea el fin la calificación, el libro escolar, el adiestramiento a la paciencia, la preparación para la vida. Quién sabe qué preparación para qué vida: posiblemente a la vida concebida como un sufrimiento, para la cual hay que estar entrenado. El libro que entra en la escuela bajo el esquema del rendimiento escolar produce respuestas puramente escolares: no es algo hermoso y bueno de lo cual se tiene necesidad, sino algo que utiliza el maestro para expresar un juicio. La escuela como tribunal en lugar de como vida. De este modo se excluye la dificultad principal, es decir aquella que hace nacer la necesidad de la lectura, que es una necesidad cultural, no un instinto como pueda ser el comer, beber o dormir, no algo natural.

Negarse a leer al niño

La voz de la madre, del padre (y del maestro) tiene una función insustituible. Todos obedecemos a esta ley, sin saberlo, cuando explicamos un cuento al niño que aún no sabe leer, creando, a través del cuento, un "léxico familiar" en el que la intimidad, la confianza, la comunión entre padres e hijos se expresan de un modo único e irrepetible. ¿Pero cuántos tienen la paciencia de leer un cuento a los niños, aunque tal vez ya sepan leer solos, o sabrían pero son perezosos para hacerlo, o lo hacen habitualmente, y a pesar de todo necesitan, de tanto en cuanto, no estar solos con el cuento?

El cuento escrito es ya el mundo: no es sólo "léxico familiar", es contacto con una realidad más amplia, conocida a través de la fantasía, que en los niños es como el tercer ojo.

Tanto si se trata de los cuentos de Andersen o de la vida de los insectos, de Pinocho o de Verne, y tal vez, excepcionalmente, de Paperino y Paperoni, aquello que cuenta en la lectura habitual no cambia la sustancia: es la promoción del libro de mero objeto de papel impreso a intermediario afectuoso, a momento de la vida.

Se requiere paciencia para esto. Se requiere incluso habilidad: hay que saber leer con expresión, o esforzarse a ello; hay que saber también traducir, porque no siempre el vocabulario escrito corresponde al de una buena lectura, y no siempre los escritores escriben con claridad, ni piensan en el lector

antes de adoptar un término poco habitual, una palabra culta, un determinado hábito literario.

No ofreciendo una elección suficiente

Nosotros no leemos el primer libro que nos cae en las manos. Nos gusta escoger. Raras veces, en cambio, se ofrece al niño una elección suficiente. Le regalamos un libro de cuentos, lo pone aparte: llegamos a la conclusión de que no le gustan los cuentos, cuando puede suceder que en aquel momento tenga otros intereses. He ahí la razón de que la pequeña biblioteca, personal o colectiva, sea indispensable. Veinte libros son mejor que uno, y cien mejor que veinte, porque pueden suscitar diferentes curiosidades, apagar o estimular distintos intereses, responder a las variaciones de humor, a los cambios de la personalidad, de la formación cultural, de la información.

Se entiende que, detrás de una pequeña biblioteca, debe haber un delicado trabajo de aplazamiento, una reflexión atenta, una sensibilidad despierta. No se consigue nada con nada, ni de la naturaleza ni de los niños. Pero aquí entrarán, sin querer, en la serie de indicaciones llamadas positivas; de momento he asumido la tarea de detallar algunos métodos negativos (con la esperanza, ciertamente, de que la misma lista sugiera algún antídoto).

Ordenando leer

El punto esencial de este sistema se halla ya presente en otros a los que he aludido anteriormente. Es, sin embargo, tan importante que merece un desarrollo aparte. Indudablemente es el más eficaz si se quiere que los jóvenes aprendan a odiar los libros. Es seguro al ciento por ciento. Facilísimo de aplicar.

Se toma a un muchacho, se toma un libro, se colocan los dos en una mesa y se prohíbe que el trío se divida antes de una determinada hora. Para garantizar el éxito de la operación, se anuncia al muchacho que al finalizar el tiempo estipulado deberá resumir en voz alta las páginas leídas. Las adaptaciones escolares son aún más sencillas. No hay más que decir: "Lec de aquí hasta aquí", y la orden se cumplirá sin más, aun con la complicidad de los padres.



Sea con uno o con otro experimento, el muchacho sacará una lección por su cuenta que no olvidará en lo sucesivo: y es que leer es una de las cosas que hay que hacer porque los mayores lo mandan, como uno de aquellos males inevitables, ligados al ejercicio de la autoridad por parte de los adultos. Pero apenas seremos mayores también nosotros, apenas seremos adultos, apenas seremos libres...

A juzgar por los resultados posteriores, es decir por el número de adultos legalmente alfabetizados que, una vez superada la primera edad, no leen ya ni una línea, éste debe ser, de todos los sistemas, el más extendido.

Desde hace unos centenares de años los pedagogos no se cansan de repetir que de la misma manera que no se puede ordenar a un árbol que florezca, si no es su estación, si no se han creado las condiciones idóneas, tampoco se puede obtener nada de los niños por la calle ancha de la obligación, sino que hay que buscar necesariamente caminos menos fáciles, senderos menos cómodos. Pero los pedagogos predicán y cada cual va por su camino. El desprecio por la teoría es tan antiguo como el proverbio que dice "Vale más la práctica que la gramática".

Palabras como "disciplina", "severidad" (que es la caricatura de la constancia) y similares han circulado

continuamente como moneda buena, a pesar de su progresiva devaluación. La ciencia del "crear condiciones" para que la planta humana quiera lo que necesita, y acepte, aunque sin deseos, la inoculación de la cultura, y tenga necesidad de lo mejor, y dé en suma todos los frutos que puede dar, en la práctica está dando aún sus primeros pasos. Una técnica se puede aprender con pescozones: así la técnica de la lectura. Pero el amor por la lectura no es una técnica, es algo bastante más interior y ligado a la vida, y con pescozones (reales o metafóricos) no se aprende. ☒

Gianni Rodari

Publicado originariamente en: *Libros de Alioma, sugerencias para una lectura creadora*. Jaume Cela. Mercé Fluvià. Barcelona: Alioma, 1988.

Artículo reproducido por gentileza de Editori Reunlti, Roma. Traducción de Caterina Molina.

lts. tomadas de: Elzbieta: *L'enfance de l'art*. Rodez: Editions du Rouergue, 1997.

Notas

- (1) Balillácco: de la Opera Nazionale Balilla, institución paramilitar fascista creada en 1926.
- (2) Carolina Invernizio (1858-1916) fue una escritora que vivió la mayor parte de su vida en Florencia, donde publicó numerosas novelas de folletón que alcanzaron tiradas altísimas. Supo llegar a las clases populares y a la pequeña burguesía a través de lecturas fáciles, emotivas y patéticas. Podría compararse a Corin Tellado.

PUBLICIDAD